

Volar por aerolíneas comerciales hoy día, no es lo mismo de lo que solía ser. Atrás han quedado los días en que se podía caminar hasta el mostrador de la aerolínea, comprar un boleto, y proceder directamente a la puerta y caminar hacia el avión. Ahora todos tenemos que hacer una cola, y pasar a través de la "puerta angosta" del control de seguridad, uno a uno. Cuando uno se acerca al lugar de control de seguridad, hay grandes signos en que se nos informa qué artículos no se permiten llevar en el avión. Por último, antes de pasar por la puerta de seguridad, tenemos que poner en una cinta transportadora para que sea inspeccionado por el radar: nuestro equipaje de mano, vaciar el contenido de nuestros bolsillos, quitarse todo lo metálico como joyas de metal, y en algunos casos quitarse también los zapatos. Sólo entonces, una vez que nos hemos liberado de nuestras "posesiones" podremos pasar a través de la máquina de escáneres de aeropuertos.

Esta experiencia nos puede ayudar a entender el mensaje de las Lecturas de hoy, y con el énfasis especial de la imagen en el Evangélica de hoy, la puerta angosta.

A diferencia de las ciudades modernas y pueblos de hoy, las ciudades y pueblos antiguos eran fortalecidas con paredes gruesas, las originales "comunidades cerradas." El acceso a la ciudad solo era a través de una gran puerta que se abría al amanecer y se cerraba al atardecer. ¡Ay de los residentes de la ciudad que se encontraran en la noche con la puerta cerrada! Eran una presa fácil para los animales y de los depredadores humanos que acechaban y cazaban en la oscuridad. Como medida de seguridad, estas ciudades y pueblos tenían una puerta secreta o abertura, oculta en algún lugar de la pared, y solo los residentes de la ciudad la conocían. Sin embargo, esta "puerta oculta" era muy angosta, sólo lo suficientemente grande como para permitir que solo un individuo, pero nadie más pudiera pasar a través de ella. Este es el contexto en el cual Jesús entrega su mensaje hoy en el Evangelio.

Recientemente el Papa Francisco hizo noticias debido a que dijo que incluso los ateos pueden entrar en el cielo. El Santo Padre estaba haciendo la misma afirmación que Isaías en la primera Lectura de hoy y también Jesús en el Evangelio en que ellos hacen una invitación a los no creyentes y a la vez hacen un reto para nosotros los cuales dicen que tienen "fe".

Henri Nouwen, un conocido escritor espiritual del siglo XX, en una reflexión que leí recientemente, resume el mensaje de Isaías, Jesús, y la afirmación hecha por el Papa

Francisco cuando escribió: "Jesús es la puerta a una vida en Dios, y con Dios". "Yo soy la puerta," dice (Juan 10:09). "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí." (Juan 14: 6).

Jesús abrió la puerta a la casa de Dios para todas las personas, [incluso] para aquellos que nunca han escuchado o sabrán que fue Jesús el que la abrió. El Espíritu que Jesús envía ". . . sopla donde quiere . . ." (Juan 3:08) y puede llevar a cualquiera a través de la puerta de la casa de Dios.

Lo último que cuenta, no es si conocemos a Jesús y sus palabras, pero que si vivimos nuestra vida en el Espíritu de Jesús. El Espíritu de Jesús es el Espíritu de Amor. Jesús mismo lo aclara cuando habla sobre el juicio final. Habrá gente que preguntará: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber?" Y Jesús le responderá: "En verdad les digo, que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños, me lo hicieron a mí" (Mateo 25: 37,40).

Esto es nuestro gran reto y consolación. Jesús viene a nosotros en los pobres, los enfermos, los moribundos, los presos, los inmigrantes, los solitarios, los discapacitados, los rechazados. Allí encontraremos a él, y allí la puerta de la casa de Dios se abrirá para nosotros. Estos "pequeños" son la "puerta angosta" a través del la cual debemos pasar si queremos entrar en el Reino de Dios. Esta es la "disciplina" de la vida cristiana, a la cual se refiere el autor de la carta a los Hebreos, en la Lectura de hoy .

En la tradición judía, después de la muerte, el cuerpo se lava, y luego se envuelve en una sábana blanca llana para el entierro—sin maquillaje, sin joyas, y no vestimenta distintiva debe acompañarlo. En esto el Judío fiel se recuerda de las palabras de Job: "Desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo allá volveré" (Job 1:21). Lo único que el Judío fiel puede llevar afuera de este mundo es el bien hecho para los demás desde su corazón, nada más. Así, es también, para nosotros.

Para invertir sabiamente nuestro tiempo, talento y tesoro en el servicio a Dios en las personas de más pequeñez de entre nosotros, no tendremos que preocuparnos mucho por tener demasiado "equipaje", cuando llegue el momento de pasar a través del puesto de control de seguridad en la puerta angosta del cielo.

Padre Jim Secora